

Presentación: CUADERNOS DEL FORO VALPARAÍSO XXVI

“Pensando en el futuro de Valparaíso”

Antes de empezar esta presentación, quisiera agradecer a los miembros del Foro Valparaíso y, especialmente, a Alfonso Muga y Crisóstomo Pizarro por invitarme a ser parte de este lanzamiento.

“Pensando en el futuro de Valparaíso” es el título del número XXVI de los cuadernos del Foro de Altos Estudios Sociales Valparaíso, que nos convoca a pensar en una temporalidad marcada por la condición de posibilidad de Valparaíso. El resumen de cada uno de sus artículos pueden encontrarlo en la ajustada presentación que Crisóstomo Pizarro, editor de la publicación, hace en las primeras páginas del cuaderno. Por mi parte, solamente me limitaré a comentar algunas frases e ideas de los artículos publicados, con el fin de resaltar lo que, en mi lectura, son las contribuciones de cada uno a esa solicitud.

Cuando Alfonso Muga me invitó a presentar este cuaderno, como buen ingeniero, me planteó que los cuatro artículos podían dividirse en dos grupos: uno en el que se planteaban miradas más generales sobre el futuro de Valparaíso y otro en el que se planteaban ejemplos particulares de cambios de la ciudad. Con ello, por supuesto, facilitó mi manera de abordar la presentación de los textos y sus propuestas, pero también me señaló, sin saberlo posiblemente, el reto de construir un puente entre uno y el otro. Evidentemente, un puente es la ciudad de Valparaíso, pero, también, podría serlo una pregunta por la ciudad como futuro. Así, Valparaíso no se pensaría únicamente según sus propias particularidades históricas y cualidades urbano-portuarias, sino como una respuesta al reto que todas las ciudades deberán enfrentar en los tiempos que vienen.

Siguiendo esta modalidad de grupos mencionada, en el primero de ellos encontramos el artículo de Virgilio Rodríguez “Consideración en Valparaíso” y el de Pedro Serrano “Valparaíso: riesgos y oportunidades de ciudad y la región”. Virgilio Rodríguez nos presenta una visión de Valparaíso articulada en su condición de ciudad puerto. Estos dos vocablos, unidos en su origen como ciudad del reino de Chile, y que constituyen un símbolo que le da sentido, tienden con el tiempo a separarse materialmente. Primero, por el gran golpe que le dio a su condición portuaria la construcción del canal de Panamá y también por una serie de otras calamidades naturales, económicas y sociales que afectaron a la ciudad, lo que sumado decantó en un puerto manejado por una empresa cuyos ingresos no quedan en la ciudad y un municipio que no tiene ningún tipo de control sobre él. Segundo, la ciudad ha debido intentar alcanzar las metas que se propuso al ser declarada patrimonio de la humanidad por la UNESCO, lo cual le ha implicado un cuidado arquitectónico y urbanístico sin mucha relación con las actividades portuarias, incluso contrarias por momentos. De este modo, el puerto y la ciudad actualmente se dan la espalda contribuyendo a un desarrollo

desintegrado. Así, teniendo a la vista estos factores, el autor propone una recuperación económica y social de mano de una integración entre ciudades cercanas, especialmente, Santiago y Viña del Mar, a través del tren, lo que facilitaría también un traslado de población atraída por mejores condiciones de habitabilidad: el aire menos contaminado, universidades de prestigio, el clima, el atractivo del mar, la seguridad, entre otras. Sin embargo, al final de su artículo, Virgilio Rodríguez, citando a Sigmund Freud, refuerza la condición simbólica y de sentido que toda ciudad adquiere mentalmente para sus habitantes, lo que supone un vínculo entre la memoria histórica y los afectos que despierta colectiva e individualmente. Aunque este aspecto queda esbozado al final del artículo, creo que encaja exactamente con el anhelo de futuro de este cuaderno: volver a hacer de Valparaíso la ciudad importante que fue, importancia que parece grabada como una divisa en el orgullo de cada porteño, aun cuando viva lejos de allí. Por su parte, Pedro Serrano nos muestra una serie de amenazas naturales y otras provocadas por los seres humanos que acechan a las ciudades de Chile y, particularmente, a Valparaíso. La actividad volcánica, los terremotos, los tsunamis, las marejadas se encuentran entre los primeros, y la sequía, los incendios, el problema de la vivienda, la contaminación, deslizamientos de tierra y las crisis sociales, entre los segundos. Todos estos desastres y riesgos que nos toca vivir, tal cual como los relata Serrano en su artículo, tienen sus raíces en la condición natural de Chile como país de terremotos y volcanes, pero también en su pertenencia a un mundo que se enfrenta a una catástrofe ecológica de proporciones enormes. Ni los desastres naturales ni los antrópicos son fáciles de combatir, cada uno de ellos puede alcanzar dimensiones capaces de arrasarse con ciudades completas. A todo este panorama, un tanto apocalíptico, también se suma un análisis económico-social de la ciudad que nos presenta una visión de la ciudad en estado calamitoso. Las soluciones macro coinciden con las presentadas por Virgilio Rodríguez respecto a potenciar sus ventajas comparativas y de cercanía con Santiago, aumentando la infraestructura de transporte o apostando por una ciudad más ecológica en la producción de alimentos como de uso de la electricidad. Sin embargo, entre todas las medidas que el autor concibe para enfrentar los desastres, aparece una frase que hace mucho sentido en este cuaderno: “no hay defensa eventual, solo se requiere construir bien.” En esta fórmula se encontraría la clave para afrontar las amenazas y riesgos de las ciudades como también la explicación de por qué muchas deben sufrir destrucciones y muertes cada cierto tiempo. Construir bien es algo que de suyo ya implica no solamente construir donde y como es debido, sino también entender que las ciudades y la naturaleza están en una relación dinámica y de interdependencia, lo que le suceda a una impactará necesariamente en la otra y viceversa, que es lo que lamentablemente no se tuvo en cuenta en las dunas de Reñaca. Por lo mismo, y aunque parezca evidente, construir bien es un principio para cualquier tipo de desarrollo o renovación que se proponga para la ciudad, para su expansión y su posible rearticulación con el puerto lo cual implica tener en consideración incluso factores de orden patrimonial. Construir bien puede transformarse en la divisa de esa ciudad por venir, en tanto se pueda forjar ya no a semejanza de lo que fue sino de un nuevo tipo de ciudad para

el país, hecha no desde una oficina en Santiago sino con la participación de las comunidades porteñas.

El otro grupo de artículos que componen el cuaderno son “Arte sano juvenil” de Allan Browne y “El Museo Universitario del Grabado en Valparaíso: monumento, memoria y lugar” de María Teresa Devia y Alberto Madrid. Allan Browne, ciudadano ilustre de Valparaíso, nos presenta al centro de su artículo lo que él denomina una parábola que, al mismo tiempo, es el fundamento de un proyecto utópico, en el sentido no de imposible, sino de que es posible imaginar algo mejor para la realidad. En este caso, para Brown se trataría de superar la degradación visual que el pintarrajeo y rayado han hecho a la ciudad, mediante la fundación de una escuela de artes y artesanías gratuita, diseñada para acoger a los adolescentes que, por distintas razones de desorden psicológico y social, han arremetido caóticamente contra el paisaje visual de Valparaíso. La planificación y resultados esperados de este proyecto nos ubica perfectamente en el vector de la creación colaborativa. Por una parte, se trataría de lograr una cooperación de todas las instituciones educacionales con la participación de sus profesores; por otra, que, mediante la formación en diversas formas de artesanía, esta escuela pueda vender sus productos reforzando así el carácter identitario de la ciudad y, finalmente, quienes hayan recibido su título podrán integrarse como maestros de “nuevos arte sanos juveniles”. Con ello, Allan Browne, me parece, ubica el futuro de Valparaíso en un plan de reconstrucción desde dentro, donde una educación en el arte tendría que ver con la salud de los jóvenes y la recuperación del hábitat urbano. Las universidades ya no son solamente un atractivo para nueva población venida desde fuera, sino que proveen de conocimientos para soluciones que sus propios habitantes son capaces de llevar adelante. Esta sería una manera de regenerar artísticamente el tejido social de la ciudad. El Museo Universitario del Grabado (MUG), tal como lo describen María Teresa Devia y Alberto Madrid, se suma a los monumentos de Valparaíso pero en una nueva funcionalidad, más acorde a los tiempos que corren. Su origen está en un proyecto de conservación del legado de 6.000 obras del artista Carlos Hermosilla, al que posteriormente se sumaron otras tantas obras de grabadores chilenos y extranjeros, históricos y contemporáneos. Para ello se restauró la arquitectura una casa del siglo XIX construida por inmigrantes ingleses, ubicada hoy en dentro de la zona signada como patrimonio de la humanidad. Se trata entonces, por una parte, de una monumentalidad aportada por el carácter documental e histórico del grabado como oficio y aquel practicado específicamente en la ciudad de Valparaíso, cuyas obras ocupan las salas del Museo; por otra, de la intervención de un monumento arquitectónico y museístico en el trayecto cotidiano de los porteños. Su estatus de monumento no está asegurado mientras no cumpla con la función simbólica que le es encargada: llegar a procesar colectivamente un pasado que permite comprender y afectar Valparaíso desde la razón y la emoción. Desde aquí, es posible pensar que el MUG, tal como lo proyectan en su función urbana los redactores del artículo, tiene como objetivo constituir lo que se suele llamar la memoria viva de una población, es decir, ser parte de sus tradiciones,

creencias y formas de transmisión de experiencias. Con ello se querría evitar fijar de una vez y para siempre su significación en una dimensión monumental carente de actualidad e irreconocible para sus habitantes. En este sentido, los fundamentos socio-históricos de la actividad del MUG, presentados en el artículo de María Teresa Devia y Alberto Madrid, se cruzan con el funcionamiento psíquico-afectivo previamente esbozado por Virgilio Rodríguez, sustentando las posibilidades de Valparaíso más bien en la producción simbólica de sentido que solamente en el aparato económico.

Creo que estos cuatro artículos encuentran su razón de ser en el futuro de Valparaíso pero, también, en lo que deberíamos esperar en adelante de cualquier ciudad: una función económica que permita una adecuada provisión de bienes, para lo cual necesariamente se requiere hoy en día un red de conectividad con otros centros urbanos; una función constructiva que ponga atención a los desafíos naturales y humanos con el fin de vivir con seguridad y prevenir, en lo posible, desastres con consecuencias fatales para los ciudadanos; una función creadora que permita una participación en la producción de bienes económicos y simbólicos de la ciudad y también de su conservación por medio de una función mnemónica dinámica. Todas estas dimensiones del futuro son, a mi modo de ver, el aporte que nos entrega esta nueva publicación del Foro Valparaíso.

Gracias